Palabras del Excelentísimo Señor D. Francisco Murillo Ferrol

Debimos conocernos en el Instituto. Uno de aquellos viajes y devotos centros que formaron durante décadas el espinazo de nuestra cultura. Con un profesorado modesto pero que gozaba de una merecida confianza escolar, que luego nosotros, Fernando y yo, encaramados en la Universidad, echábamos de menos. Su padre pertenecía a aquel claustro.

Más adelante, mantuvimos nuestra amistad. Y tuve la oportunidad de visitar su casa familiar, creo que en la calle de San Isidro. Conservo el grato recuerdo de la casa y de las personas.

Luego, recuerdos aún más inolvidables. Paseos de novios. Fernando con Elisa y yo con Carmen. Por la Alhambra, que entonces era todavía un espacio humano donde jugaran los niños, se arrullasen los novios y paseasen nostálgicos los ancianos. Y no un redil burocrático para las piaras de turistas, más o menos descamisados. Es obvio advertir que aquellos noviazgos cristalizaron en sendos matrimonios para siempre. Por su parte, la Alhambra era simplemente granadina, ni mora ni cristiana. Aún alentaba por allí la sombra, genio y modestia, de su antepasado Falla.

En Madrid coincidimos en el Colegio Mayor César Carlos. Como se sabe, era (y es) un centro de postgraduados, en trance ellos de preparar sus salidas profesionales. Allí la circunstancia de Fernando resultó un poco anómala: él había ganado una oposición para un Ministerio. En el ambiente general de penuria estudiantil,

no era un tuno; su situación contrastaba por su opulencia. Fue de los primeros que iban y venían al chalet de la Avenida del Valle sobre ruedas propias. (Aunque todavía fueran dos. Me refiero a las ruedas). Se comprende que así menudearan los sablazos. Aunque Fernando, que siempre supo tomar el dinero en serio, fuese capaz de defenderse, yo propuse la fundación SDFG, o sea, Sindicato de Deudores de Fernando Garrido, para equilibrar un poco las cosas.

Fernando aplicaba a la vida un cartesianismo sin grietas y con pocas concesiones. Su racionalismo quedaba moderado, sin embargo, por su bonhomie y su talento. Era implacable con el cuento, con lo que le parecía camelo, con lo no auténtico. No quería dejarse tomar el pelo por los artistas y los poetas que parecían explotar una nebulosa de gatos pardos. Así, las discusiones del Colegio me permitieron asistir a un fenómeno curioso (poco habitual). Carlos Bousoño enseñándole Vicente Aleixandre a Fernando Garrido. Es decir, Fernando tomaba clases de Aleixandre, con lo cual se iba abriendo racionalmente a ese mundo tantas veces arcamo de la poesía. Antes rechazado por su culpable e incomprendida oscuridad. Muchos colegiales, y por supuesto yo mismo, participábamos en aquellos careos. «Muchacho que serías tú mirando aguas abajo la corriente. Verte y ya otra vez no verte». Eran estrofas de Aleixandre que daban pie a las discusiones. Creo que no hace dos meses recordaba yo con Fernando aquel cursillo sobre poesía, extraño y lejano.

Al paso, diré que creo que jamás cruzamos una sola palabra que se refiriese al campo jurídico. Lo que tiene su mérito, tratándose de un jurista de tal porte. Se puede serlo, sin tener que verlo todo *sub specie juris*.

Ahora, al cabo de tantos años, sacudido por la desgracia, uno siente cómo el tenue y callado desasosiego adolescente cuando falta a clase el fiel compañero de pupitre, sin avisarnos.